



NUNCIATURA APOSTÓLICA EN COLOMBIA

**SALUDO DEL NUNCIO APOSTÓLICO
S.E. MONS. LUIS MARIANO MONTEMAYOR,
PARROQUIA SAN BARTOLOMÉ, TALUÁ
Marzo 9 de 2019**

Querido hermanos y hermanas en Cristo:

Al comienzo de este tiempo cuaresmal, nos regala el Señor una maravillosa ocasión para hacer visible el misterio de la comunión eclesial. De un modo particular, con mi presencia entre ustedes, como Nuncio Apostólico en Colombia, esta Asamblea eucarística es signo de la unidad de la Iglesia diocesana de Buga, presidida por su Pastor, Mons. José Roberto Ospina Leongómez, con el Papa Francisco.

Excelencia, permítame agradecer sus amables palabras de acogida y la invitación que me ha hecho para realizar esta visita a su Diócesis. Saludo, con el afecto del Papa Francisco a todos los Sacerdotes, miembros de las distintas comunidades religiosas y Laicos que han querido congregarse hoy en este templo parroquial de San Bartolomé. Presento, en fin, mi respetuoso saludo a las Autoridades civiles, militares y de policía que han querido acompañarnos.

La elección de Mateo que escucharemos en el Evangelio de este día, es una manifestación de la misericordia de Jesús. Justamente, el lema del Santo Padre hace referencia al episodio evangélico que vamos a escuchar: *“Miserando atque eligendo”*, *“lo miró con misericordia y lo eligió”*. Jesús no sólo se acerca a los pecadores, sino que elige a pecadores, transformándolos en instrumento de su misericordia. Mateo comprendió en su momento su vocación como un gesto de pura misericordia de parte de Jesús, y esto es precisamente lo que estamos llamados a entender todos nosotros al meditar sobre el misterio de nuestra propia vocación. También para nosotros vale ese *“Miserando atque eligendo”*. Si, también a nosotros Jesús nos ha mirado con misericordia y nos ha elegido.

Los invito, pues, a cantar la misericordia del Señor en esta liturgia de acción de gracias.

HOMILÍA

Queridos Sacerdotes, Religiosos, Religiosas y fieles todos:

La liturgia de la Palabra de estos días inmediatamente siguientes al Miércoles de Ceniza, con el cual se inicia la Cuaresma, subrayan la dimensión espiritual del ayuno del alma, esto es, de la conversión interior y de la disponibilidad a compartir nuestros bienes con los hermanos necesitados.

El Evangelio que hemos escuchado hoy, narra el primer encuentro del Apóstol Mateo con Jesús, se trata de la historia de su vocación personal, como nos la presenta el evangelista Lucas. Nadie hubiera podido pensar que Mateo podía ser llamado por Jesús a seguirlo como discípulo. Nadie parecía más lejano de las palabras y los gestos de Jesús que este “cobrador de impuestos” al servicio del Imperio Romano que gobernaba por la fuerza al pueblo judío. El ámbito del encuentro con Jesús fue precisamente su oficio detestado, su modo de vida reprobable, sus pecados. Ahí comenzó Jesús a llamarle. Mateo no fue llamado porque fuera bueno, sino porque fue objeto de la misericordia, de la bondad del Señor. Si diéramos una mirada sincera a nuestra propia historia, descubriríamos que así nos ha llamado también a nosotros, en medio de nuestras debilidades, de nuestros pecados, de nuestras miserias.

Vocación y conversión aparecen unidas en este pasaje evangélico. De hecho, toda vocación es una llamada a la conversión, a reorientar toda nuestra vida. Jesús, simultáneamente hace salir a Mateo de su vida pecadora y lo incorpora al Colegio Apostólico. En toda vocación hay un dejar un modo de vida “mundano”, para abrazar el seguimiento del Señor. El joven rico no es capaz de seguir a Jesús que lo llama con cariño porque no está preparado a “dejarlo todo”, tiene apego a sus riquezas, a su modo de vivir mundano. En el caso de Mateo, en cambio, hay una disposición a dejar sus monedas, levantarse y seguir al Señor. Quien no es capaz de romper con apegos y esclavitudes interiores, no está preparado para reconocer la voz de Dios que lo llama. Pero es el mismo Jesús quien, al concederle a Mateo la gracia del perdón, de la conversión y de la vocación, como nos dice el evangelio “*Lo miró con misericordia y lo eligió*”, lo hace capaz de levantarse y seguirlo.

Queridos Sacerdotes, Consagrados y Laicos, pidamos la gracia de reafirmarnos en nuestra vocación que no es algo totalmente distinto de la conversión. Para que nuestro ministerio pastoral, nuestra consagración o nuestro testimonio de vida cristiana sea verdaderamente eficaz, nuestro estilo de vida debe ser evangélico: debe manifestar un esfuerzo sincero por estar a la altura del Dios Santo que nos llama

a estar con Él. Debe expresar una entrega generosa y sin vacilación alguna al servicio del Evangelio. La primera lectura, tomada del libro de Isaías, nos ofrece una descripción de acciones típicas y propias de la conversión interior. Se nos habla en términos de "obras" y no en términos de meros "afectos o deseos". Convertirse es siempre obrar de otro modo, cambiar el rumbo concreto de la vida para caminar con los ojos fijos en Jesús, para vivir un estilo de vida similar al de Jesús.

Sin embargo, quisiera insistir hoy sobre esta otra dimensión de la conversión que solemos descuidar muy a menudo: sólo el corazón que se deja tocar por la misericordia de Dios, puede responderle con prontitud, generosidad y alegría. El Evangelio subraya esta prontitud de la respuesta del Apóstol: "*Se levantó y lo siguió*". Tras el amor que lo transforma, Mateo asume inmediatamente la misión. Ya no es el mismo; interiormente ha cambiado. El encuentro con Jesús, con su amor misericordioso, lo ha transformado. Atrás quedan el dinero y el banco de los impuestos. Antes él esperaba sentado para recaudar, ahora con Jesús se levanta para dar, para entregarse a los demás. Abandona efectivamente una fuente de ingresos segura, aunque a menudo injusta y deshonrosa. Abandona un oficio que lo ponía bajo la protección del Poder de turno. Esto sólo lo pudo hacer porque se sintió íntimamente tocado por la mirada amorosa del Señor. También en nuestro caso, para esta prontitud, para esta constante conversión a lo que Dios quiere cada día de nuestro ministerio sacerdotal, de nuestra consagración, de nuestra vida, es necesario experimentar íntimamente la mirada misericordiosa de Jesús.

No podemos ignorar que hay muchos cristianos, –también ministros y consagrados– no muy convencidos del amor que Dios les tiene. O que han perdido la confianza en un Dios capaz de intervenir en sus vidas y en la historia de todos los días. O que, a pesar de las buenas intenciones, inmersos en el consumismo y el bienestar mundano, terminan dispersos, perdiendo el interés por experimentar concretamente el amor de Dios en la propia existencia. Tal vez nosotros mismos pasamos por esta situación deplorable. No desesperemos. Jesús sigue mirándonos hoy con misericordia y nos dice: "*No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan*". Nuestra fidelidad a Dios, más que sobre la "perfección" de nuestra vida, se funda sobre nuestra "debilidad" transformada por la misericordia del Señor. Deseo, pues, que movidos, como Mateo, por una conversión sincera, podamos levantarnos y seguir a Jesús con fidelidad en nuestra propia misión. ¡Sea alabado Jesucristo!

SALUDO FINAL

Agradezco al Señor este encuentro vivo de fe y les renuevo, queridos hermanos Sacerdotes, Religiosos y Religiosas, la invitación a recorrer este camino cuaresmal con la conciencia de que también nosotros hemos sido mirados con misericordia y elegidos, con especial predilección, para ser discípulos del Señor.

Quiero, en nombre del Papa Francisco, transmitirles, como lo ha hecho recientemente el Santo Padre, un agradecimiento de corazón a todos los Sacerdotes, Consagrados y fieles Laicos que sirven al Señor con fidelidad y entrega total.

A todos les pido que no dejen de rezar por el Papa Francisco y por toda la Iglesia santa de Dios. Recen también por mí, el Nuncio Apostólico, por su Obispo, por los operadores pastorales y misioneros; recen para que el Señor llame vocaciones sacerdotales y religiosas de entre sus familias; recen, sobre todo, por la reconciliación y la paz del pueblo colombiano.
